

VIDAS PARALELAS: BARBARROJAS Y DORIAS

Federico AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS



*Canta, oh diosa, la cólera del Peleida Aquiles;
cólera funesta que causó infinitos males a los
Áqueos y precipitó al orco muchas almas valerosas
de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de
aves.*

(*La Ilíada*, canto I).

Introducción



O deja de sorprender, cuando se contempla con perspectiva, el devenir de los procesos sociales, políticos y culturales sobre los que se fundamenta la red de interacciones que denominamos Historia, esa tendencia humana a fijar la atención sobre aquello que resulta desfavorable (tanto ajeno como propio), ignorando los éxitos obtenidos en otras facetas de la vida, por lo demás cruciales, entrando pocas veces a ponderar el contexto que sirvió de marco para el proceso de la decisión.

Así, aunque tres fueron los escenarios de actuación de los primeros Habsburgo —el Mediterráneo frente a turcos y corsarios berberiscos, el Atlántico tras el descubrimiento de las Indias Occidentales y Europa Central como consecuencia de la denominada «Herencia Borgoñona»—, resulta paradójico que siendo, con mucho, los más relevantes los dos primeros, el discutible éxito en el tercero estuviera entre las causas primero para la abdicación del emperador y haya sido la piedra angular sobre la que se asienta cualquier juicio, siempre desde la perspectiva de los países del norte, sobre el reinado de su hijo.

El contexto

La toma de Constantinopla por los turcos en 1453, además de ser referente para el inicio del Renacimiento, supone la llegada de este pueblo al Mediterrá-



Andrea Doria.

neo y un nuevo impulso para la islamización, si bien la situación, al entrar en una fase de consolidación, se mantuvo estable durante los treinta años siguientes.

Será a partir de 1480 cuando los acontecimientos desemboquen en un conflicto corsario y naval cuyo teatro de operaciones sea el conjunto del Mediterráneo, dicho año un ataque turco a Otranto, saldado con varios miles de muertos, señaló un nuevo escenario para las hostilidades.

En 1492 el fin del dominio musulmán en la península Ibérica supuso un exilio masivo de la población morisca que se asentó en las tierras ribereñas del norte de África, situación que se agravó a partir de 1499 cuando prevaleció la política

de mayor dureza preconizada por el cardenal Cisneros y que culminó con la sublevación de las Alpujarras en 1501. El impacto de tal migración en los reinos africanos fue especialmente notable: de ella se serviría el corso berberisco (con lazos y conocimiento de la lengua y las costas) y sería un factor aglutinante para su consolidación como estado.

En 1522, la expulsión de los caballeros de la Orden de San Juan de la isla de Rodas, y su establecimiento en Malta por concesión de Carlos I, hacen de esta isla un baluarte para la defensa del Mediterráneo occidental. La guerra naval convencional y el corso se confunden en un conflicto no declarado (los buques de uno y otro bando ni tan siquiera iban patentados para el ejercicio del corso) en el que el hecho religioso es bandera de combate, aunque existan matizaciones y connivencias implícitas derivadas del juego de alianzas y contrapesos, sobre todo, en los reinos cristianos. Su virulencia estuvo próxima a colapsar el tráfico mercante en el Mediterráneo.

Por otra parte, Italia también será caldo para disputas, tanto por el carácter marítimo de muchos de los estados en que se conforma, y que además rivalizan entre sí, como, a partir de 1494, por el reverdecer de las pretensiones de la Casa de Anjou a la corona de Nápoles tras la ascensión de Carlos VIII de Francia, y que desembocó en la invasión militar de ese país y en un enfrentamiento con las coronas de Castilla y Aragón. La política de la monarquía hispánica, respecto a Francia a lo largo de todo el siglo XVI, tendrá sus repercusiones en un complejo y mudable juego de alianzas que variarían al albur de la posibilidad de alcanzar los objetivos previstos.

El hombre y su época

El siglo XVI es el siglo de *El Príncipe*, de Maquiavelo, de la moralidad de los fines y la eventual amoralidad de los medios, lo cual no es mucho más que el cuerpo doctrinal de la práctica existente.

El Príncipe no es pasión inconsciente o subjetivismo analítico, sino racionalidad, cálculo, previsión para actuar y corregir, pero también violencia en su más puro estadio, unas veces soterrada, otras dormida pero siempre latente e implacable. Su característica predominante será la *virtu*, una especie de combinación de sabiduría y entrega para afrontar, modular y redireccionar las fuerzas adversas.

El siglo XVI es el siglo de los condottieros, de los generales que ponen sus habilidades y/o sus ejércitos al servicio de un monarca por un precio, en un momento de grandes modificaciones en el arte de la guerra por la generalización de nuevas técnicas (como, por ejemplo, la propia artillería), y aunque el hecho religioso lo impregna todo, en un siglo en el que muchos hombres no luchan por ideales o lo hacen por el ideal de luchar. Están en un bando u otro, sin excesivo amor a la bandera, según su parecer y mejor fortuna, sirviendo muchas veces a príncipes o causas que les son extrañas.



Barbarroja.

Barbarrojas

Fueron cuatro los hermanos Barbarroja, pero serían dos, Aruch y Jeyreddin (o Kheyr-rd-din), los más relevantes. Sus vidas alcanzan el último cuarto del siglo XV y buena parte del XVI. Hijos de una esclava y de un alfarero cristiano, de la isla de Mitilene (antigua Lesbos), abrazarían el islam, razón por la que, desde el lado cristiano, se les llamaría renegados.

El mayor, Aruch, se hizo con una galeota fletada por los turcos para combatir la piratería cristiana, y con ella se dirigió a la costa de Berbería

ganando fama y fortuna con actuaciones que pueden considerarse con toda justicia tramas de la película *Master and commander*.

Se instaló finalmente en el célebre puerto de La Goleta, desde el que desarrolló acciones (en las que, además de la carga y del propio buque, conseguían remeros cautivos y una madera que escaseaba) de tanta valentía como crueldad, que le convirtieron en ejemplo y paladín de la causa musulmana e hicieron de ese puerto un foco de atracción para otros corsarios, pese a la reacción de las fuerzas españolas que incrementarían sus actuaciones en la costa de Berbería (Mazalquivir, Orán, Vélez de la Gomara, Bugía), provocando la muerte de su hermano Isaac.

En 1510 Aruch se hizo con Djerba y en 1516 con Argel, tras estrangular a su rey y reprimir violentamente a los notables de la ciudad. Se había convertido en el crisol que aunaba la causa musulmana, los sentimientos nacionalistas de la población y los de aquellos andalusíes que, tras la diáspora, buscaban la revancha. A continuación conquistó los reinos de Tenes y Tremecén, tributarios de la corona española, perdiendo un brazo en la empresa. Era el dueño de un estado cuyo gobierno está formado por cristianos renegados como él que amenaza directamente a la península Ibérica, haciendo inevitable una respuesta a gran escala. En 1518 el ejército de Carlos V sitió Orán, y Aruch, perseguido, fue alcanzado y muerto por las tropas imperiales.

Le sucedió en el mando su hermano Jeireddin, que había actuado durante 25 años como lugarteniente suyo, dotado de no menos valor que crueldad y falta de escrúpulos, pero también de una agudeza intelectual que le convertían en hombre de estado. No duda en ponerse al servicio del sultán Selim I, que acababa de conquistar Egipto, lo que le permitía fortalecer y consolidar la posición, sin que ello perjudicase su libertad de maniobra dada la distancia existente entre Argel y Estambul.

Sin embargo, al principio, el mayor peligro le vino por cuenta de sus propios hombres y en concreto del corsario Ahmed el Cadí, al que derrotó al sumar sus fuerzas a las de otros capitanes que posteriormente



Solimán el Magnífico.

adquirirían celebridad y nombre propio en castellano: Sinán el Judío, Cachidiablo, Dragut y Salah Reis. Con ellos, y a pesar de revueltas internas, consolidaría su posición y acrecentaría fama y fortuna.

Las guerras del emperador contra Francia e Italia, así como la sublevación de los comuneros, obligaron a distraer buena parte de la flota y de las guarniciones desplegadas en las costas de Levante, lo que fue aprovechado por Jeireddin para ampliar sus incursiones.

La situación se agravó tras la ascensión de Solimán el Magnífico y, sobre todo, a partir de 1522, tras la toma de Rodas, con la llegada de los turcos en toda su fortaleza al Mediterráneo occidental. En 1526, a la vista de las circunstancias, Carlos I decidió extender el decreto de expulsión de los moriscos al Levante; como consecuencia fueron muchos, a partir de entonces los corsarios que vinieron a la península, además de para la rapiña con el propósito de posibilitar la evacuación de sus correligionarios.

Se sucedieron derrotas de las fuerzas de la monarquía hispánica primero en el peñón de Argel y, después, en un enfrentamiento naval entre Cachidiablo y una flotilla de galeras al mando de Rodrigo de Portuondo. Pero, a partir de 1530, la paz de Cambrai permitirá un reforzamiento del despliegue en Levante y contribuirá a un restablecimiento del equilibrio de las fuerzas, por lo que el Gran Turco buscará fortalecer su posición en el Mediterráneo occidental.

En 1533 Jeireddin marcha a Estambul consciente de que el sultán libra guerras en diversos frentes (Persia y el Imperio) y de que se está fraguando una alianza con Francia. El resultado sería su designación como *capudanbajá*, pero también como comandante en jefe de todas las fuerzas navales turcas. Regresa escoltando al embajador francés hasta Marsella, y tras una incursión por Italia en la que, por su fama, trata de raptar a la bella condesa Julia de Gonzaga, y al no lograrlo pasa a cuchillo a la población de la ciudad de Fondi, a continuación toma el reino de Túnez, con lo que domina toda la costa de Berbería, desde Trípoli hasta Orán.

Ello originará una contraofensiva imperial que finalizará con la recuperación de Túnez, lo que, si bien no supondría un restablecimiento de la situación inicial, sí contribuirá a propiciar una caída del corsario ante la corte otomana. Pero todos los intentos para su aniquilación resultan infructuosos, bien por las vacilaciones de sus rivales o porque éste se muestra esquivo para trabar combate, apareciendo donde no es esperado, bien porque la climatología acude en su socorro. Así, en 1538 con la batalla de Preveza fracasó la Liga Santa, dirigida por Andrea Doria y propiciada por Paulo III, y en 1541 se produjo el desastre de las tropas imperiales en su desembarco para la toma de Argel.

A partir de ese momento los corsarios dominan en el Mediterráneo, máxime tras 1543, fecha en que se reanuda el conflicto con Francia, y este país firma una alianza con el imperio otomano, haciendo de los puertos franceses del Mediterráneo centros de las operaciones de Jeireddin, mientras la monarquía hispánica está cada vez más absorbida por los problemas en los Países Bajos.

Finalmente, desplazado a Estambul para propiciar una aproximación entre Francisco I y el emperador, muere ya octogenario en 1546, según algunos cronistas, como resultado de excesos amorios con una bella cautiva a la que había tomado por esposa.

El capitán de navío Fernández Duro lo retrata como «soberbio, disimulado, avariento, cruel en demasía, muy lujurioso en dos maneras, esforzado y cuerdo en pelear y acometer, duro a la fatiga, constante en los reveses, ajeno a la flaqueza, suelto de la lengua».

Sus herederos no lo serán de su propia sangre ni tampoco de su renombre, pero continuarían escribiendo páginas de la historia naval: Dragut (apresado por Doria y liberado a cambio de rescate), Sinán, Salah Reis, Piali, Ochiali...

Dorias

La relación entre los ascendientes de los príncipes de Malfi con la mar es larga, como también lo es la de sus descendientes con la Armada y se inicia con Andrea Doria (1466-1560). Su familia había tomado parte en el conflicto que se libraba en Génova entre los partidarios de Güelfo y Gibelinos, apoyando a los primeros. No obstante, lo que inicialmente ocuparía a Andrea Doria sería el hacerse con una fortuna que le permitiese operar con independencia y poder escoger señor, razón por la que estaría en tierra durante 25 años de su vida sirviendo al papa y a otros príncipes como general o condotiero, al uso de la época. Como tal se enfrentó a la familia Borgia, a otros príncipes italianos, a franceses y a españoles, siempre entre alianzas cambiantes hechas en función de la evolución política de la situación en la península Itálica, pero ganándose con sus campañas una reputación de excelente soldado.

En 1512, y con cuarenta y seis años de edad, vuelca definitivamente su esfuerzo hacia la mar y hacia Génova, enfrentándose a turcos y franceses. No obstante, condicionado por la evolución política de su ciudad natal, a partir de 1521 entrará, alternativamente, al servicio del papa o de los franceses, siempre tomando parte en coaliciones contra el emperador y con continuas victorias navales. Merece citarse por su osadía el intento de rescate del rey Francisco I, capturado en Pavía, operación que finalmente fue suspendida.

En 1528, tras derrotar las armas del emperador en varias ocasiones (especialmente en Amalfi) firmó capitulaciones y pasó al bando imperial, según parece, descontento por el hecho de que se le desposeyera del cargo para hacer capitán general de las flotas del Mediterráneo a un francés, pero también porque consideraba que no se le había abonado lo convenido por sus servicios.

A cambio, el emperador garantizaba liberar Génova de los franceses, así como el mantenimiento de la independencia y el estatus de la ciudad, facilidades comerciales para sus habitantes, además de honores y privilegios para su

casa: se le nombró almirante mayor y gran canciller del reino, príncipe de Malfi y marqués de Tursi, y recibió el Toisón de Oro. En venganza, los franceses, que por entonces ocupaban Génova, incendiarían su palacio, que él reconstruiría con lujo y serviría después para acoger al emperador.

Esta modificación en la lealtad de Doria se encuentra revestida de una notable importancia estratégica, pues supone un notable descenso en el nivel de hostigamiento al que se veían sometidas las fuerzas navales del imperio que transportaban tropas de refresco a Italia, habida cuenta no ya sólo de su acierto como almirante, sino porque las operaciones de la flota de Doria incidían directamente sobre el núcleo del Mediterráneo occidental. Puede decirse que, mientras Doria se mantuvo asociado con Francia, esta nación tuvo el predominio en el Mediterráneo occidental y su adscripción al bando imperial supuso un vuelco en la situación al alterar el equilibrio de fuerzas.



Juanetino Doria.

Considerando los dos posibles teatros de operaciones que se le planteaban al emperador para afrontar el expansionismo otomano, el Mediterráneo y Europa del norte, Carlos, al objeto de no dispersar esfuerzos, optó por primar el segundo y desarrollar una política de contención en el primero, dejando a Doria como punta de lanza en éste.

En 1532 una importante victoria sobre la escuadra musulmana le permitió apoderarse de la ciudad de Corón. Esta victoria y, simultáneamente, una sublevación de los jenízaros influyó en la decisión de Solimán el Magnífico de levantar el sitio de Viena, al objeto de fortalecer el flanco Mediterráneo. En 1535 recupera de Barbarroja la ciudad de Túnez, si bien éste logra escapar refugiándose en la corte otomana.

Algunos historiadores atisban que Doria realizó concesiones al enemigo, fruto de instrucciones secretas, para no permitir que éste se debilitase en exceso, liberando a los reinos de Italia de una amenaza que hacía necesaria la protección del emperador.

En 1537 toma parte en la entrevista de Aiguesmortes entre Francisco I y el emperador Carlos, que le puso frente a su antiguo señor con el propósito de



Andrea Doria.

crear una flota franco-española capaz de oponerse al turco, aunque finalmente no se produce ningún avance. Ese mismo año, y como consecuencia de una momentánea falta de decisión, será derrotado en Preveza. En 1541 participó en la campaña de Argel contra Barbarroja, pero esta expedición acabaría en desastre como consecuencia de una desfavorable, por más que predecible dada la época del año en que se realizó, meteorología.

Además tendría un relevante papel como consejero político y militar, tanto del gobernador del Milanesado como del emperador o de su hijo Felipe II, como bien demuestra la correspondencia epistolar (anotada a veces de la mano del propio monarca)

en la que el marino asesora sobre grandes asuntos de Estado. Dirigirá o tomará parte en complejas operaciones militares que podrían clasificarse con toda propiedad como conjunto-combinadas.

Aunque no ostentaba más cargo que el de almirante disponía en Génova de un gran poder fáctico. No obstante, su liderazgo personal en asuntos de la República, habida cuenta de los intereses políticos concurrentes, se vio cuestionado en varias ocasiones por confabulaciones alentadas desde dentro y fuera del país.

Así, en 1547 una conspiración organizada por el conde Fiesco acabó con la vida de Giannettino, su sobrino, heredero y lugarteniente; las represalias que se tomó Doria a cuenta de esta acción fueron de notable crueldad. Para poner coto a estos movimientos llegó a pedir a Felipe II que invadiera la ciudad, cosa a la que éste no accedió, si bien se instaló en Génova una guarnición española.

Ya entrado en los 80 años continuó Doria saliendo a la mar para enfrentar a turcos y corsarios berberiscos, tanto en África como en Córcega, dentro del contexto de las guerras franco-españolas sostenidas por Felipe II a las que el tratado de Cateau-Cambresis puso fin, y que sirvieron como basamento para que se forjase nuevamente una alianza entre turcos y franceses frente a un enemigo común. Falleció, por enfermedad, en 1560 a la edad de 94 años.

Le sucedió su sobrino Juan, hijo de Giannettino, que fue adoptado a la edad de ocho años a causa del asesinato de su padre. Su labor al servicio de la Casa de Austria ha estado siempre envuelta en polémica y muchos atisban en su actividad naval más fracasos que éxitos.



Detalle del desembarco en Túnez.

Tomó parte en las guerras con Francia (1556), en el desastre de las Guelves, que se saldó con más de 1.000 muertos y 50.000 heridos, y en diversas acciones de socorro (Orán, Mazalquivir, Chipre, Malta). Su actitud frente al enemigo fue muy contestada en la época al acusársele de rehuir el combate (Piali, Argel), no obstante lo cual se le nombrará capitán general del Mar.

Pero será la batalla de Lepanto la que le traiga un más acerado nivel de crítica, ya que, atraído por Uluch-Alí, estuvo próximo a ser envuelto y separado del grueso de la flota. Sobre la polémica generada en torno a su actuar puede decirse, utilizando las palabras del padre Lucio Serrano: «Son diversos los juicios de aquel tiempo sobre la conducta de Doria al frente de la escuadra. Los venecianos le tildaron de traidor; otros no se atrevieron a fallar de modo absoluto; quienes atribuirían su proceder al afán de no empeñar el combate por no perder las galeras de su propiedad... Para unos, su mal acierto provino de un excesivo servilismo en la aplicación de los principios náuticos; para otros, su papel fue glorioso, pues contuvo a la escuadrilla turca más temible y que mayores daños hubiera causado a nuestro centro. De todas maneras, si no aniquiló al contrario, como lo hicieran el centro y el ala izquierda, tampoco se dejó vencer por él».

Al servicio de España habrá otros Doria como Antonio (que obtuvo el Toisón de Oro tras San Quintín), Pagano (decapitado en Argel), Juan Andrea, Juan, Carlos...

Vidas paralelas

Como casi siempre sucede, las conductas extremas guardan en común sorprendentes parecidos, tanto vitales como de carácter, por más que se hallen enfrentadas y provengan de dispares orígenes.

Por tanto, y aunque en distintas dosis, las personalidades de los Doria y de los Barbarroja contienen unas marcadas proporciones de inteligencia, ingenio, cálculo, pasión y ferocidad (la represalia de cualquiera de ellos era inmoderada y temible, sobre todo en Jeireddin, cuyo carácter marcó toda una época, siendo su nombre, aun hoy, sinónimo de una crueldad asociada al temor).

Así fueron, tanto Jeireddin como Andrea, hombres longevos, que fallecieron como resultado de enfermedades, pese a todos los avatares e imponderables físicos a los que sometieron sus vidas. Profesionalmente resultan buenos marinos, pero su calificación como almirantes y estrategas supera con creces a la que como tales pudieran obtener.

Ambos se dedicaron al corso sin que en el ejercicio de esa función distinguieran grandemente un credo de otro. Sirvieron a príncipes y naciones, que no eran por naturaleza los suyos propios, a cambio de honores y de dineros, príncipes y naciones que en ese momento histórico eran los grandes líderes de sus respectivos mundos, constituyéndose en piezas clave del enfrentamiento que sostuviesen en cada momento sus señores, dada la posición estratégica y de vanguardia que ocupaban sus bases de operaciones.

Así, tanto Barbarroja, instalado en Berbería, la posición más avanzada de los turcos con respecto a Occidente, como Doria, con acceso al núcleo del Mediterráneo (entre Italia y la península Ibérica por la posición de Génova y al Mediterráneo central por las posesiones del Imperio) protegían el comercio de sus señores y hostigaban al adversario, cualquiera que fuese éste, en su tránsito.

Hubieron de hacer frente a enemigos que pertenecían a su propio círculo, y aunque se comportaron como paladines de sus respectivas causas (más Jeireddin que Andrea) en algún momento pudieron haber entrado en turbios tratos con el enemigo (más Andrea que Jeireddin) como resultado de los malabarismos y complejidades de política que, si bien no dudaba en alzar las banderas de la religión, no siempre era del todo consecuente.

A nivel local, en algún momento, su autoridad pudo verse cuestionada, pero nunca dejaron de influir en sus respectivos monarcas. Se mantuvieron en activo hasta casi el final de sus dilatadas existencias, de hecho, aunque por su edad, ya septuagenarios u octogenarios, pudieron suscitarse dudas sobre su capacidad para detentar el mando que tenían conferido y que continuaban reteniendo, dichas dudas fueron siempre desmentidas por los hechos.

Buenos o malos, justos o no, sus caracteres y sus vidas hicieron historia y dejaron una relevante herencia naval que seguidores suyos continuaron.